

Blob.

La gota cae sin piedad, sin fin, sin viento alguno que la desvíe, en el centro exacto del fregadero. A dos paredes de distancia, en el salón, Julián cierra los ojos, aprieta los puños, tensa la mandíbula.

Blob, escucha de nuevo. La gota cae cada diecisiete segundos, un intervalo suficiente para albergar en él la esperanza de que ya no caiga nunca más, pero corto, demasiado corto, tan breve que le resulta imposible llenar en ese lapso la cabeza de otros pensamientos, o refugiarse con placidez en algún sonido confuso que provenga de la calle y que le permita no escuchar si la gota, como sucede siempre, vuelve a caer.

Porque la gota cae, y cae, y cae. Y hace blob. Al final de su vuelo encuentra, invariablemente, una sartén, o un vaso, o una cuchara contra la que reventar en incontables y minúsculas partículas de agua, que atraviesan en su estallido el tiempo y el espacio hasta clavarse con saña en el oído derecho de Julián. Es en esos momentos cuando al anciano le gustaría estar definitivamente sordo.

Blob.

Verónica entra en la habitación con una olla entre sus manos. El hombre la mira con la urgencia grabada a fuego en los labios.

-Hija... – comienza a decir.

-Vaya, se me han olvidado los platos – responde la mujer y vuelve a salir del cuarto, sin prestarle atención a su padre.

Desde que Verónica se divorció la nota ausente, como si parte de ella se hubiese quedado atrapada para siempre en los ojos de besugo de aquel tipo al que durante demasiados años llamó yerno. Hasta la extenuación le ha pedido a su hija que cierre la llave de paso cada vez que use el grifo, pero no hay manera de que lo haga. Tampoco tienen dinero, dice la mujer, para malgastarlo en reparaciones, y hace varios años que las piernas no le responden a Julián. Si se agachara bajo la pileta de la cocina ya no se podría levantar, de modo que lo único que hace es contar hasta diecisiete.

Blob.

Trata de concentrarse en la televisión, pero el informativo no ayuda. *“Pozos contaminados, ríos secos. Cada año, en todo el planeta, cientos de familias se ven obligadas a abandonar sus hogares”*, dice la voz en off. Julián observa la desolación que le ofrece la pantalla y recuerda la que él mismo sufrió durante su propia vida, en aquella lejana juventud en el pueblo, trabajando el campo de sol a sol, hasta que unos largos y terribles meses de sequía le obligaron a emigrar a otro país.

Blob.

-Venga, papá, a comer – ordena su hija ofreciéndole la mano.

Julián se levanta del sofá con la fatiga resignada de un pantano vacío, y con el mismo cansancio se desploma sobre la silla. *“Tuvalu. Senegal. Mozambique. Los desplazados por causas derivadas del cambio climático son numerosos. Por desgracia, no cuentan todavía con el reconocimiento de los organismos internacionales”*, insiste el locutor.

-Me ha llamado Lucas, quizá venga a visitarnos a final de mes. Lucas, ¿recuerdas? Tu nieto, el mayor – aclara la mujer, porque ahora es el anciano quien parece absorto, desconcertado, perdido en un jardín antiguo cubierto de maleza. Julián apenas puede apartar la vista de la imagen del telediario, un plano fijo de un desierto que avanza hacia la cámara, y que se le cuele entre los dientes, bajo la lengua, en la garganta. Siente de pronto una sed del tamaño de una montaña de arena, una sed terrible para la que no hay solución.

-¿Estás bien, papá?

Toma una cucharada de sopa. Blob. Dos. Blob. Tres. Blob. En cada gota Julián sabe que desaparece un pueblo, o que se agosta un pinar, o que muere un niño. Blob.

Blob.

Blob.

-¡Por Dios santo! – estalla al fin - ¿Es que no lo escuchas? ¿Cómo puedes soportarlo?

Verónica lo mira un instante, perpleja.

-Ay, papá, lo siento – responde tras unos segundos. A continuación, se pone en pie, se acerca a la televisión y la apaga.

Blob.